

## *Benito Juárez, hombre o mito\**

*Antonia Pi Suñer Llorens*

**S**i consideramos el título de esta mesa redonda, “Hacia una nueva biografía de Juárez”, cabe preguntarnos sobre el interés que pudiesen tener tanto esta nueva biografía como el género biográfico en general. A nadie escapa el descrédito en que ha caído este último, ya que la historiografía oficial ha abusado tanto de él que ha terminado por convertirlo en género hagiográfico. A base de glorificaciones los hombres han ido perdiendo su condición humana y han sido transformados en santones, en semidioses, en mitos y evidentemente al mitificarlos han sido petrificados.

No cabe duda que a Juárez le ha tocado convertirse en un mito al que se rinde culto, al que no se cuestiona. Rara vez ha sido considerado como hombre de carne y hueso, con sus luces y sus sombras, sus glorias y sus debilidades, sus méritos y sus errores, única manera de comprender su dimensión humana. Ya en 1905 Carlos Pereyra advertía que la figura del Benemérito “debía ser discutida antes de que su glorificación cristalizase en formas de admiración mística”,<sup>1</sup> y esto último es lo que evidentemente ha pasado. Por todo ello, una nueva biografía deberá romper muchos esquemas y mostrarnos al hombre tal como fue y no como se ha querido —o pretendido— que fuese.

Creemos interesante referirnos hoy a la relación que podemos establecer entre Juárez y Díaz para así comprender cómo la imagen del Benemérito que ha ido pasando de generación en generación se gestó en pleno gobierno de don Porfirio, quien, por paradójico que hoy pueda parecer, se sentía su legítimo sucesor.

Es indudable que hay facetas de la personalidad de Juárez que se han velado, que no se han difundido, por ir en contra del culto que se le ha rendido como héroe de la Reforma, de la Intervención y del Imperio, pero quizá también por tener algo de parecido con Díaz. Y estas facetas salieron a la luz de una manera clara y evidente en 1867, al triunfo de la República. Don Benito no estaba dispuesto a dejar el poder, por considerarse el hombre indispensable que debía llevar a México por la senda de la libertad, de la paz y del progreso, lógica continuación de la obra lograda al vencer al enemigo. Y por eso en ese mismo año de 1867 presentó su candidatura para presidente, enfrentándose a la generación que le pisaba los talones, personalizada en Porfirio Díaz. Después de una campaña electoral difícil por lo polémica —recordemos que México gozaba entonces de una libertad de expresión nunca más igualada—, Juárez ganó finalmente, lo que nos

\* Texto presentado el 14 de abril de 1988 en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, en la mesa redonda con el tema “Hacia una nueva biografía de Juárez”.

<sup>1</sup> Carlos Pereyra, *Juárez discutido como dictador y estadista*, México, Cámara de Diputados, 1972, p. xxxi.

muestra que su personalidad y el mito que ya entonces él mismo y sus partidarios estaban fraguando pesaban mucho. Vinieron después las elecciones para el periodo 1871-1875 y, aunque enfermo y avejentado, don Benito decidió seguir gobernando. Se enfrentó en la lucha electoral no sólo a Díaz, que no cesaba en su intento de llegar a la presidencia, sino a su antiguo amigo y constante colaborador, Sebastián Lerdo de Tejada, quien decidió, hartado seguramente del "endiosamiento de Juárez", optar por la presidencia. La campaña fue larga, polémica, desgastadora. Ninguno de los tres candidatos logró la mayoría de votos y, constitucionalmente, el Congreso decidió que Juárez era el vencedor. Y así empezó su quinto periodo presidencial, muriendo en julio de 1872, en plena rebelión de la Noria acaudillada por Porfirio Díaz, bajo la bandera de la no reelección. No cabe pues duda de que la muerte vino a evitar grandes problemas al Benemérito; por un lado, a relevarlo de una gestión que se presentaba insuficientísima, y por otro, a impedirle acostumbrarse a ser el hombre indiscutible como luego se sentiría su entonces contrincante.

Otra de las facetas que se han pasado por alto es que Juárez, junto con Lerdo, hizo todo lo posible por reforzar el Poder Ejecutivo, por afianzar el presidencialismo que hoy es el pan nuestro de cada día. Para ello tuvo sus razones, ya que los diez años de lucha le habían permitido, al errar por todo el país y conocer más de cerca los innumerables problemas por resolver, darse cuenta de la realidad con la que contaba y que mal respondía a la utópica Constitución de 1857. Intentó reformarla aunque no lo logró, ya que se había convertido a su vez en intocable.

Juárez, pues, se vio obligado, para gobernar, a pedir constantemente facultades extraordinarias al Congreso. Su gobierno se convirtió en autoritario pero a la vez en conciliador, única manera de lograr el orden, la paz y el progreso. En este aspecto su gestión gubernamental fue parecida a la de Díaz, aunque cabe insistir en que don Benito siempre gobernó dentro de la legalidad, mientras que don Porfirio la pasó por alto.

En varios sentidos, pues, Díaz fue el continuador de Juárez y así lo consideró aquél al ir olvidando tanto su enconada lucha en contra del Benemérito como las banderas que había enarbolado entonces. Al presentar a su gobierno como el heredero de la obra de Juárez, Díaz, y Sierra junto con él, sostenían que había dos tipos de liberalismo: el de combate y el de gobierno. El liberalismo de combate había sido el de Juárez, su misión la de destruir los obstáculos que se oponían al reino del derecho y al desarrollo del progreso y su labor la de entronizar la democracia y la República. Una vez logrado esto lo habría relevado el liberalismo de gobierno, más conciliador por definición, que había extendido la paz, difundido el progreso y facilitado la prosperidad. La Reforma había sido relevada por el porfirismo, y con él, lentamente pero con seguridad, el pueblo marchaba hacia la realización de todos los ideales de los héroes de 1857.

Juárez fue así reinstalado. Díaz se postró ante su tumba en San Fernando y su culto empezó a florecer. Que su figura era intocable e indiscutible lo mostró, en plenos preparativos de la celebración del centenario de su nacimiento, la aparición de dos libros sobre el Benemérito debidos al iconoclasta Francisco Bulnes,<sup>2</sup> cuyo efecto fue el de

<sup>2</sup> Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*,

una bomba en medio de los preparativos. El invitado de piedra es, pues, en parte responsable de provocar que la figura de don Benito fuese aún más mitificada, y por ende petrificada, de lo que se pretendía con los homenajes.

Bulnes revisaba la personalidad de Juárez y llegaba a varias conclusiones que a ninguno de los autollamados liberales iban a gustar. Desde luego sacaba a relucir los tratados con los Estados Unidos; insistía en que Juárez no había sido ni jacobino ni demócrata, que más bien había sido un dictador, y además corrupto; que no había tal liberalismo mexicano porque nuestro pueblo era conservador y aun idólatra, por lo que tenía necesidad de rendir culto a un ídolo, y que en eso se había convertido la figura del Benemérito. He aquí algunos de sus juicios. Sobre Juárez:

Desde 1867 hasta su muerte Juárez representó el sufragio de la adulación, del nepotismo, del "oaxaqueñismo", de la burocracia apenas embarrada de quincenas, de la intriga de antesalas, de las ambiciones de gusanos empolvados, de la voracidad de personalidades pequeñas de insaciable codicia y maldad.<sup>3</sup>

Sobre el culto a Juárez:

Juárez está en camino de ser un Boudha zapoteca y laico, imponente y maravilloso, emanado del caos intelectual, siempre tenebroso por la ausencia de criterio de nuestras clases ilustradas, por la exuberancia de vanidad de nuestras masas, por la necesidad de catolicismo residual, que busca siempre una imagen, un culto, una piedad para la emoción social desprendida del sentimiento religioso.<sup>4</sup>

Sobre el liberalismo mexicano:

Es menester aceptar con resignación una triste verdad. Los mexicanos servimos para todo menos para liberales. El liberalismo es tan propio para vivificarnos como un baño de ácido sulfúrico. Es nuestra obsesión de lujo, de aparato, de exquisita fanfarronada.<sup>5</sup>

Como era de esperar, se levantó una indignación general en contra de las "herejías" de Bulnes, y el sector liberal, a pesar del faccionalismo existente, reaccionó al unísono, tanto por los ataques al héroe de la Reforma como a los dirigidos a él. Se hizo entonces evidente que la figura de Juárez y el liberalismo eran un símbolo, y que como tales, resultaban intocables. Hubo manifestaciones de desagravio ante la tumba del Benemérito; el Comité Patriótico Liberal organizó un acto de protesta en el que participaron varios exaltados oradores en contra del "ultraje"; la Cámara de Diputados aprobó la moción de que no se comprase ningún tipo de libro en la librería Bouret, editora de Bulnes; el propio hijo de Juárez, Benito Pablo, pretendía retar a duelo

México, Librería de la Vda. de Bouret, 1904. *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*. México, Antigua Librería de Munguía, 1905.

<sup>3</sup> Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez*. . . , p. 844.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> Francisco Bulnes, *Juárez y las revoluciones*. . . , p. 195.

al iconoclasta, de lo que fue disuadido por algunos sensatos liberales.<sup>6</sup> Los historiadores no tardaron en tomar cartas en el asunto y aparecieron una serie de biografías del de Guelatao, a cual más apoteósica, y a ello se debe que la más copiosa historiografía sobre nuestro personaje sea de aquellos años, 1904-1906. Hilarión Frías y Soto, por ejemplo, jacobino de la vieja guardia y poco afecto a Díaz, emprendió a la vez que la glorificación de Juárez, la del liberalismo radical, diciendo:

Es el partido jacobino el que envuelve la memoria del que fue su jefe con nubes de gloria en nombre de la gratitud nacional, porque la mayoría de la nación es liberal, radical y jacobina y ni levanta altares ni inventa dioses ni dobla la rodilla ante un ídolo ni ante nadie.<sup>7</sup>

El grupo liberal moderado, más cercano a Díaz, también decidió "combatir de un modo netamente científico y sin inconveniencias el libro de Bulnes".<sup>8</sup> Varias obras salieron de sus plumas, siendo desde luego la más importante la que ya tenía en preparación desde hacía algún tiempo don Justo Sierra, y que por la premura de que apareciese justo en el año del centenario fue terminada por el entonces joven Pereyra. No cabe duda de que por excelente que resultara la biografía, contribuyó a ensalzar y sacralizar la figura del Benemérito.

Llegamos así a marzo de 1906, en que hubo desfiles patrióticos, placas conmemorativas y el mismo día 21 una ceremonia oficial con Porfirio Díaz y su gabinete en pleno. Sierra fue el orador principal y en su discurso hizo evidente la relación entre Juárez y Díaz. Destacó la historia de México en la que habían sobresalido tres personajes: un Iniciador, un Reformador y un Pacificador. Los dos primeros eran Hidalgo y Juárez, padres de la Patria, y Díaz su continuador. Los tres habían forjado la nación, que estaba ahora en plena paz y prosperidad. Para terminar, hizo un llamado a la conciliación a todos los mexicanos, y como ejemplo puso el gesto de Díaz para con Juárez:

El día en que el Pacificador, el gran adversario de tus postreros días de lucha, llevó reverente a tu mausoleo la corona del recuerdo nacional, todo lo pasado quedó en la sombra y surgieron definitivamente al sol tu ideal y tu gloria. Sea ella el Símbolo de la unión y de concordia, sea un ara en que fraternicemos los mexicanos.<sup>9</sup>

Benito Juárez ya no era una sombra que pesaba sino un dios lar que protegía y ayudaba a don Porfirio. Y así seguiría siéndolo hasta que Madero lo tomó no sólo como bandera de la democracia sino como guía cuya inspiración creía seguir por medio del espiritismo. El Benemérito se convirtió luego en el dios tutelar de la Revolución y de los gobiernos emanados de ella hasta nuestros días. Todo discurso oficial llevaría su bendición. Recordemos, como botón de muestra, el Año de Juárez, que con motivo del centenario de su muerte nos convirtió al pobre de don Benito en una auténtica pesadilla.

<sup>6</sup> C. Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo*, México, UNAM, 1986, vol. II, p. 165.

<sup>7</sup> Hilarión Frías y Soto, *Juárez glorificado y la intervención y el imperio ante la verdad histórica*, México, s.e., 1905, p. 478.

<sup>8</sup> C. Dumas, *op. cit.*, p. 166.

<sup>9</sup> Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*. México, J. Ballezá y Cia., 1906, p. 498.

De todo lo anterior es fácil concluir que la figura de Juárez ha sido siempre tomada como símbolo de una ideología y utilizada para legitimar los sucesivos regímenes políticos, sacrificando con ello su verdadera dimensión humana. Nos viene a la mente, al pensar en la imagen de don Benito que nos han heredado, lo que dijo Mommsen acerca de la de Julio César: es muy difícil darnos una idea clara del individuo cuando todo lo que se dice de él es demasiado brillante. El resultado es el de una fotografía sobreexpuesta en la que el exceso de luz hace perder los contornos del hombre. Sólo contrastando los claros y los oscuros se logra el relieve, y eso es lo que debemos procurar con el Benemérito.

Y además, y para concluir, no creemos que al hacerlo aparecer como fue, con sus luces y sus sombras, fuese a salir disminuido, ya que manifiestamente tiene suficiente dimensión propia para poder prescindir de todas las aureolas artificiales de gloria. Siguiendo con la imagen del daguerrotipo, creemos que Juárez resiste la plena exposición a la luz de la historia y que no tiene necesidad de una fotografía desenfocada. En este sentido, en el de hacérselo aparecer con una imagen distinta, pero sin denigrarlo, la tetralogía que sobre él escribió José Fuentes Mares<sup>10</sup> en los años sesenta nos parece un excelente intento y una invitación a seguir por el mismo derrotero.

<sup>10</sup> José Fuentes Mares, *Juárez y los Estados Unidos*, México, Jus, 1960. *Juárez y la Intervención*, México, Jus, 1962. *Juárez y el Imperio*, México, Jus, 1964. *Juárez y la República*, México, Jus, 1965.